

LIBROS

Braulio Ortiz

“Por aquel entonces, yo era un cobarde, un auténtico gallina. Sufría enormemente al darme cuenta de que pertenecía a una estirpe de nobles aventureros, pero que las únicas hazañas que había vivido eran las que leía en las novelas de aventuras. Por eso, de entre todas ellas, las que más me fascinaban eran las de los vascos y su mítica relación con la mar. Locos o valientes, en aquella época la línea que separaba unos de otros era si cabe más delgada y difusa”, confiesa el protagonista de *Manual para cobardes*, la novela que la guionista y escritora navarra Julia Montejo ha publicado con la editorial andaluza Extravertida, una ficción ambientada en dos tiempos—la Fuenterrabía de 1940, con el encuentro entre Franco y Hitler en Hendaya como trasfondo; el Madrid de mediados de los 70, en el que se prepara el atentado a Carrero Blanco—y que reflexiona a través de las peripecias de su personaje, Eduardo Zuloaga, un tipo que siempre se encuentra en el lugar equivocado pero que vive así las andanzas más imprevistas, sobre dónde radica la verdadera heroicidad.

“En la novela exploro cómo los valores masculinos, individualistas, que asociamos al concepto de héroe no te llevan a una vida plena. Al final, esos patrones de conducta son como un traje constreñido que te vas quitando, cuando reevalúas esos valores y te preguntas qué te aportan”, explica Montejo. El Zuloaga ya adulto, que arrastra un anodino matrimonio de conveniencia y sólo conoce la emoción en los discos de Bach y de Haendel, entenderá gracias a un temerario plan en el que se ve implicado que “la auténtica heroicidad es responsabilizarte de tu vida, tomar las decisiones que tienes que tomar y no tener miedo de querer, de ser amado y de amar”, analiza la autora, nacida en Pamplona pero muy vinculada a Anda-

● Julia Montejo publica con la editorial Extravertida una novela sobre perdedores en los márgenes de la Historia

‘Manual para cobardes’: el héroe cambia de traje



La escritora Julia Montejo, fotografiada el pasado lunes en Sevilla.

JUAN CARLOS VÁZQUEZ

lucía y más concretamente a Chipiona, donde su familia tiene una casa y donde Montejo presentó hace unas semanas *Manual para cobardes*. Zuloaga entenderá en su viaje personal que la nostalgia deforma la visión de las cosas: “Él se ha pasado la vida cuestionándose

cómo un niño como él, tan capacitado y con tantas posibilidades, ha acabado siendo un adulto gris. Nos pasamos la vida intentando volver a ser lo que fuimos, pero a menudo nuestro recuerdo añora algo que nunca existió. Lo importante, a lo que tenemos que aga-

rrarnos, y eso lo entiende mi protagonista, es el ahora, el presente”.

Montejo aborda esos interrogantes que nos pesan a todos, los de quiénes somos y por qué estamos aquí, con la liviandad de un humor inspirado—“los poetas debían de ser unos tíos bastante feos

porque a todos los suelen abandonar”, se dice en algún pasaje—y un logrado ritmo en el que se vislumbra el oficio de una guionista formada en Los Ángeles y curtida en series como *Siete vidas* o *Motivos personales*. “Para mí”, señala la narradora, “es muy importante que las novelas sean entretenidas, que el lector quiera seguir pasando páginas y que no vea el libro sobre la mesilla de noche con pereza. Pero tampoco concibo la literatura sin esas preguntas que me hago. Hay que encontrar el equilibrio entre la amenidad y cierto poso, que la obra tenga algo de revulsivo”.

La distancia ha permitido a Montejo tratar el tema del terrorismo de ETA y recrear la Operación Ogro en la que se atentaría contra Carrero Blanco. “La banda lleva muchos años extinguida, pero todavía hay mucho trabajo por hacer para comprender cómo pudo darse ese fenómeno. Para mí, el malestar que llevó a algo así comenzó a fraguarse en la posguerra, en esos niños que veían a sus padres

“Para mí es crucial que un libro sea ameno, pero también que se haga preguntas”, dice Montejo

rotos estaba el germen de la violencia futura. Es una lección de la que deberíamos aprender, aunque no parece que estemos en el camino. Todo el dolor de Gaza, por ejemplo, va a tener consecuencias que durarán generaciones”, defiende la escritora, que recientemente publicó *Todas esas chicas de zapatos rojos*, un ensayo sobre “cómo afectan las hormonas femeninas a la creación, cómo pueden ser un desequilibrio y también un estímulo”, y que ahora dirige el podcast *Contando mujeres*, que ha arrancado con un episodio dedicado a la “fascinante” Emilia Serrano, baronesa de Wilson.

Fernando Trueba involucra a Matt Dillon y Aida Folch en su sueño de hacer cine negro

El director estrena hoy ‘Isla perdida’, una incursión en el ‘noir’ que presta especial atención a la banda sonora

Alicia G. Arribas (Efe)

Fernando Trueba ha tardado diez años en sacar adelante un *film-noir* que estrena hoy en las salas españolas, *Isla perdida*, una película marcada tanto en su trama como en sus personajes por una banda sonora excepcional, que el madrileño asegura haberse “currado muchísimo”.

“Si me hubieran dicho cómo ha-

bría hecho mi carrera ideal como director, hubiera elegido una comedia y una película negra. Pero en España”, reflexiona el ganador de un Oscar por *Belle époque*, 1994, “es más lógico y más fácil y nos pilla más a mano la comedia, y yo particularmente, es el lenguaje que hablo en mi vida cotidiana”.

Pero “como espectador y como amante del cine, siempre estaba muy cerca de este otro género, de Hitchcock, de los clásicos del cine negro, de *Retorno al pasado*... Adoro ese cine, las novelas de la Highsmith, de William Irish o David Goodis”, explica Trueba.

Protagonizada por Aida Folch—que vuelve a filmar con Trueba



Matt Dillon y Aida Folch, en una escena de ‘Isla perdida’.

D. S.

tras *El embrujo de Shanghai* y *El pintory la modelo*—, el colombiano Juan Pablo Urrego y Matt Dillon en los principales papeles, *Isla perdida* (*Haunted Heart* en su título internacional) ha sido rodada en inglés, español y griego.

La cinta, dividida en tres partes como tres movimientos de una composición musical, comienza en verano, cuando Álex (Folch), una aspirante a *maitre*, llega tarde a su cita laboral con Max (Dillon), dueño y chef de un restaurante al que solo se accede en barco, y debe conformarse con trabajar de camarera. Ella nota el flechazo y, a pesar de que huye de un pasado doloroso, se lanza de cabeza a por él.

Trueba y Dillon, expertos en música cubana y jazz, decidieron hace años que rodarían juntos una película cuya banda sonora sería otro personaje más. El resultado de ese viejo sueño compartido, *Isla perdida*, ya está en los cines.